



A VECES LLEGAN CARTAS

los OLORES *distancias* de ASIA

El silencioso anonimato del metro se vio inundado de risas bulliciosas a nuestra llegada. Estábamos todos muy contentos de llegar a Tokio. No nos importaron ni las catorce horas de vuelo, ni que en nuestro país fuera la mañana del día anterior. Finalmente estábamos al otro lado del mundo.

Nuestro puente a Asia fue San Francisco. De allí tomamos un avión a Tokio, de allí bus a Hiroshima, para después pasar a Seúl, en Corea del Sur y a Beijing, en China. Viajamos sin ningún lujo. Yo empaqué en mi morral cinco mudas de ropa, lo que me obligó a conocer todas las lavanderías de cada uno de los hostales que visitamos, al igual que las

particularidades alrededor del lavado de ropa. En lo único que no escatimé en gastos fue en la comida, probé todo lo existente que se ajustara a mi presupuesto, incluso tuve la fortuna de degustar unos cuantos platos gratis, como el Ramen, una sopa de fideos con carne de cerdo, algas, cebolla y huevo, que nuestra guía Megumi nos brindó en Tokio en el distrito de Chibuya; los platos que cocinó la señora Taeko Mimura en Hiroshima cuando nos alojó en su casa; los sushis rebosantes de pescados crudos de muchos sabores, y el delicioso almuerzo de la Universidad Hankook en Corea.

Pero más que comer y asistir a conferencias, este viaje a Asia nos permitió ver y experimentar lo que la gente vive día a día y compararlo con lo que nosotros vivimos en nuestro espacio cotidiano. Hacer consciencia sobre lo que constituyen las diferencias culturales. Hace muchos años, el antropólogo norteamericano Edward T. Hall propuso que, bajo la idea de proxémica, se podían describir las distancias entre las personas para entender cómo interactúan entre sí, y sobre todo entender cómo existen diferentes códigos para hacerlo. La proxémica se refiere a la percepción que el ser humano hace de su espacio físico, de su intimidad personal, por lo que también es un buen indicador para hacer más evidentes eso que comúnmente llamamos diferencias culturales. En el caso de nuestro viaje por Asia

서울 익명 지하철이 도착 거친 웃음이 넘쳐난다 우리는 모두 도쿄에 도착하게 된 것을 기쁘게했다.

가동 익명 지하철이 도착 거친 웃음이 넘쳐난다.

Hiroko Chikara
11-4 Higashimachi Nabatake
Hiroshima Japan 730-0114

fue evidente que entre nosotros y la gente japonesa, coreana y china existían profundas diferencias culturales, que se fueron expresando en las diferentes maneras de interactuar con el espacio y la manera en que la gente utiliza ciertas distancias sociales para interactuar entre sí. Este fue el caso del transporte público, por ejemplo. En ciudades que sobrepasan un cierto límite de población, es esencial tener un sistema que permita movilizar a las personas. Mi deseo en este texto, es entonces, describir mi experiencia en los metros de las distintas ciudades y así concretar un esbozo de mis percepciones de los lugares que tuve la oportunidad de visitar.

Tokio y el mundo japonés son un ejemplo de eficiencia, modernidad, innovación y tradición. Los trenes rápidos no suenan al pasar, a pesar de la gran velocidad a la que viajan cuando pasan frente a tus narices. Hacen sonar música que te indica cuando llega, o cuando vas a ser aplastado por sus puertas. Al interior, los trenes están llenos de dibujitos infantiles que te muestran qué hacer, acompañados por la publicidad que te intoxica de colores e ideogramas que no reconoces. La música, los colores, los ideogramas, muestran esa extraña combinación de modernización y sutileza propia del mundo japonés. Aunque hay mucha gente, la falta de espacio no se siente, y por el contrario, a pesar de que Tokio es una de las ciudades más pobladas del mundo, no observé problemas de movilidad ni de congestión. Al interior del metro, el sistema de boletos funciona de tal manera que no hay filas. Las personas hablan poco, rara vez van en grupos y en general se percibe una sensación de prisa al caminar. Las mujeres siempre van a trabajar en vestido, como princesas en zapatos altos, con el pelo seco y sus caras muy bien maquilladas. Pareciera que las asiáticas le tienen cierta fobia al sol: por lo menos en Tokio, Seúl y Beijing es frecuente encontrar mujeres con sombrillas, guantes, medias veladas que las protegen de sol. Incluso, en Hiroshima, mientras paseábamos con la señora Mimuro, encontré una droguería donde vendían despigmentadores

de piel. Cuando le pregunté por qué a las japonesas no les gustaba broncearse, ella gentilmente sonrió y guardó silencio como si no me entendiera. En Asia, al contrario de nuestros países, tener una piel clara está asociada a la distinción social y en algunos lugares equivale a juventud y pureza. Pero así es Japón, con esos contrastes entre la extrema tradicionalidad y la extrema modernidad, donde el espacio y las distancias sociales gravitan entre esos extremos: no se va en grupo, pero todo el mundo viaja en el metro.

Beijing es opuesto a Tokio: los metros son ruidosos y congestionados. La gente se apiña conservando muy poco espacio personal. El costo del transporte es mucho más barato que otros metros. Al cambio del momento, eran 600 pesos colombianos por pasaje. Lamentablemente escasean los lugares para comprar boletos, en especial en las estaciones más utilizadas. Entonces la gente se amontona, no respeta las filas y grita en el espacio público. Lo más difícil de todo, en el metro de Beijing, son los olores de los cuerpos apretujados y el hábito de los chinos de escupir en todas partes.

En sociedades como las nuestras, donde los cuerpos son regulados para que no despidan olores, fluidos y sonidos en público, conocer la vida cotidiana de los chinos requiere de una alta dosis de insensibilidad. Empecemos por la escasa oferta de desodorantes y productos de aseo, que son más comunes en nuestras sociedades extremadamente asépticas y de amplias distancias sociales. A ello hay que sumarle la ausencia de agua potable en toda la ciudad, lo que produce fuertes erupciones en la piel de los beijingneses. Además, en Beijing es común la ausencia de puertas en las letrinas públicas que están siempre a rebosar, y donde no hay papel higiénico, lo que demuestra que en China la gente tiene una relación más abierta y directa con sus fluidos corporales. Otro hecho que lo demuestra, son las situaciones ligadas al aprendizaje de control de esfínteres de los niños. Un día, en el metro, vimos cómo un

señor, al ver que su hijo necesitaba ir al baño, sacó una botella y con tranquilidad dejó que el niño hiciera sus necesidades frente a todos. Los bebés chinos no usan pañales, las madres les dejan una abertura en los pantalones, para que los niños hagan en la calle. Viendo el otro lado de la moneda, es importante pensar que en un país donde habitan más de mil trescientos millones de personas, esta se convierte en una medida clave a la hora de no contaminar y proteger el medio ambiente. Estas situaciones, que son de difícil comprensión para nosotros, nos demuestran la manera como la gente china ha logrado cohabitar en la nación más poblada del mundo. Aquí, la alta densidad hace que los espacios tiendan a reducirse, que las relaciones con los olores y fluidos corporales sean más directas y menos asépticas que las nuestras, por lo que la distancia que guardan las personas al interactuar se reduce, lo que a nosotros como latinoamericanos, acostumbrados a los distantes e inodoros cuerpos, nos puede incomodar.

Seúl, en mi opinión, es un punto intermedio entre Tokio y Beijing. El sistema de transporte es bastante eficiente y la gente, por el contrario, no se amontona a pesar de la densidad poblacional. Aquí es común ver a los jóvenes coreanos interactuando con sus teléfonos inteligentes, hablando inglés y, en ocasiones, español. La publicidad en el metro

de Seúl es muy distinta a la de Tokio o Beijing ya que abundan las vallas que publicitan los grupos de Korean-Pop. Las mujeres visten atuendos más cortos que las japonesas, y muchas se operan los ojos y la cara para verse más occidentales. El metro de Seúl tiene algo que nunca he visto en otros metros: máscaras de gas. En todas las estaciones hay armarios de cristal que almacenan máscaras en caso de algún ataque de la otra Corea. Aunque es un país pacífico, la guerra es algo latente. Es un fantasma que merodea en las calles opulentas de una economía emergente que le hace guiños a Occidente. De ahí se hace comprensible el alto bilingüismo de la población coreana, o los consumos y modelos estéticos occidentalizados, que hacen que, en este caso, las distancias sociales se amplíen de cierta manera, haciendo sentir cierto aire de familiaridad, al ser menos constreñidas en comparación con China.

Estas breves descripciones de nuestro viaje por Asia, demuestran cómo eso que llamamos cultura también está mediado por el sentido del espacio, que da cuenta de nuestra relación con él mediante datos sensoriales de muchos tipos: visuales, auditivos, olfativos, y donde la distancia “social” tiene una crucial importancia. El sentir que un lugar es abierto o cerrado, o que la gente puede ser más lejana o más cercana, también depende de nuestra noción

de distancia corporal, de nuestra proxémica, como lo diría Edward T. Hall. Al releer este texto soy consciente de que no escribo desde un punto de vista objetivo. Es claro que estoy sesgada por mis propias concepciones del espacio, de mi cultura. Es posible que una exposición mayor a estas culturas cambiaría mi percepción de las mismas y me daría un conocimiento más amplio de las costumbres y significados de las distintas prácticas allí presentes. Agradezco la experiencia de haber viajado a Asia, ese lugar que para nosotros es el otro lado del mundo.



CLAUDIA ABELLO *es estudiante de Antropología y Derecho de la Universidad Icesi. Su coqueteo con la Ciencia Política le ha permitido participar en misiones (es decir viajes) internacionales a Europa del Este, Estados Unidos y Asia. Viajera ligera y comelona, siempre carga con una pequeña libreta donde anotar las impresiones, anécdotas y cacharros que le pasan.*